

Mi segunda primera comuniÃ³n. Por Braulio G. Bautista

lunes, 07 de enero de 2008

Modificado el miÃ©rcoles, 31 de diciembre de 2008

MI SEGUNDA PRIMERA COMUNIÃ“N

Yo fui uno de los Ãºltimos de mi muchachada en hacer lo que herÃ©ticamente se conocÃ­a por entonces como â€œLa Primera ComuniÃ³nâ€. DebÃ­a de andar entre los quince y los diecisÃ©is aÃ±os, o sea, que ya hacÃ­a como unos ocho que habÃ­a recibido- vestidito de gris, con un breviario con tapas de imitaciÃ³n de nÃ¡icar y un rosario enredado en las enguantadas manos- mi â€œPRIMERAâ€ PRIMERA COMUNIÃ“N- me refiero a la de verdad: a la de don Bruno y Don Fernando (los curas Quintana)-. Por Braulio G. Bautista.

"MI SEGUNDA PRIMERA COMUNIÃ“N" Por Braulio GarcÃ­a Bautista.

Yo fui uno de los Ãºltimos de mi muchachada en hacer lo que herÃ©ticamente se conocÃ­a por entonces como â€œLa Primera ComuniÃ³nâ€. DebÃ­a de andar entre los quince y los diecisÃ©is aÃ±os, o sea, que ya hacÃ­a como unos ocho que habÃ­a recibido- vestidito de gris, con un breviario con tapas de imitaciÃ³n de nÃ¡icar y un rosario enredado en las enguantadas manos- mi â€œPRIMERAâ€ PRIMERA COMUNIÃ“N- me refiero a la de verdad: a la de don Bruno y Don Fernando (los curas Quintana)-.

ÃY entonces, si ya la habÃ­a hecho a los ocho, por quÃ© repetirla a los 16Ã±? Bueno, todo tiene su explicaciÃ³n: en la primera - despuÃ©s de pasar por la preceptiva catequesis- yo recibÃ­ el sacramento de la EucaristÃ­a; y en la segunda- sin cursillo de orientaciÃ³n, sin â€œcatequesisâ€ previa- lo que recibÃ­ fue mi bautizo sexual completoâ€! AsÃ­- de irreverentes Ã©ramos por entonces en aquel noroeste agreste y cerrilâ€! Â¡mira que llamar de esa manera a una â€œpuesta de largoâ€ en tan pecaminosas lides!

Tuve que vender mi mejor â€œcasarâ€ de palomas ladronas para conseguir los 8 duros, cuarenta pesetas de las de entonces, que me costÃ³ mi primer encame con una â€œdamaâ€, porque, aunque ya habÃ­a tenido algunos balbuceantes escarceos, jams habÃ­a coronadoâ€! Todas las pibitas con las que habÃ­a estado, llegado el momento de los toqueteos, te decÃ­an muy solemnes: â€œDel ombligo pa'riba lo que tÃ³ quieras, pero del ombligo pa'abajo ni se te ocurra, lo guardo para el dÃ­a que me case, Â¿oÃ­ste?â€.

Aunque nunca he sido muy meapilas, confieso que, mientras me acercaba al lugar donde se iba a consumir mi iniciaciÃ³n, me debatÃ­a entre el miedo a condenarme para siempre, de arder en las calderas de Pedro Botero por una â€œETERNIDADâ€- ese era un concepto que por entonces me aterraba, porque no iban a ser 50 aÃ±os achicharrÃ¡ndome en aceite hirviendo, ni 1250, ni siquiera 6660â€! estÃ¡bamos hablando de la jodida E T E R N I D A D- y el deseo natural de conocer hembra; de folgar; de yacer â€!

Los

curas, que anatemizaban desde los pÃ³lipitos, al calor de aquella posguerra tan favorable, sobre todo lo que significase trasgresiÃ³n de los rÃ¡gidos mandamientos de la Iglesia de Roma, le metÃ¡an a uno el miedo en el cuerpo, pero al final pudo mÃ¡s la sabia naturaleza, el alboroto hormonal y, sobre todo, la curiosidad. AsÃ­ que, con Roberto Santiago (Gobeto el de Esteban) y Roberto Ayala (el segundo de â€œlos tres locos de Don Rafaelâ€) como padrinos, una noche cualquiera de aquellos tiempos de opresivo oscurantismo, me desvirgaron en el Barranquillo de GÃ¡ldar.

Mi introductora

en la cosa del ayuntamiento carnal, fue una tal Margarita, apodada -vaya usted a saber por quÃ©- â€œLa Yegua Blancaâ€. A esta seÃ±ora probablemente tenga yo que agradecerle el no sufrir ninguno de esos traumas que se originan en los desflores poco placenteros. Fue tan gentil, tan comprensiva y cariÃ±osa, que salÃ­ de su catre con la impresiÃ³n de que habÃ­a pasado el examen con nota alta, y eso, a tan tierna edad, sirve de mucho para la cosa de la autoestima.

La cueva

donde ocurrieron los hechos estaba â€œalbiadaâ€ â€œ que no es lo mismo que albeada o enjalbegada, que dicen por el Continente- y sus toscas paredes aparecÃ­an llenas de imÃ¡genes de santos y fotos coloreadas a mano. Sobre el cabecero de la cama, sin ir mÃ¡s lejos, habÃ­a un cuadro de JesÃºs con los brazos abiertos con su corazÃ³n en relieve, extracorpÃ³reo y sangrante, ante el que tuve que cerrar los ojos para poder iniciar mi debut carnal.

Previamente,

Margarita, mientras se desnudaba, me preguntÃ³ que si era mi primera vez, a lo que yo asentÃ­ algo avergonzado; despuÃ©s quiso saber si era â€œcaballero cubiertoâ€; y al ver mi cara de estupor al no entender quÃ© me preguntaba, se alongÃ³ a travÃ©s de la cama hasta coger una palmatoria con un cabito de vela que titilaba dÃ©bilmente sobre una de las cajas de Fundador Domecq que le servÃ­an de mesitas de noche, y se dispuso comprobarlo por si misma. Estuvo lo que me pareciÃ³ una eternidad hurgando en mi zona pudenda y luego, con una satisfecha sonrisa en su boca pintarrajeada, se tendiÃ³ y me hizo seÃ±as para que me acercara a su cuerpo blanquecino y flÃ¡ccido.

Cuando

estaba tendido a su lado, antes de entrar en faena, me espetÃ³ con cierta brusquedad: â€œÂ¿Y de quiÃ©n sos tÃ¡o, bichillo?â€, yo le dije que era de GuÃ­a, pero que mi tÃ¡o, Carlos Bautista (q.e.p.d.) era el alcalde de GÃ¡ldar, lo que, aparentemente, no le impresionÃ³ en lo mÃ¡s mÃ¡nimo.

DespuÃ©s

del rÃ­pido â€œbautizoâ€, Margarita tomÃ³ un caldero desconchado, vertiÃ³ agua en una palangana y procediÃ³ a lavarme cuidadosamente. Luego, de un montoncito apilado en una de las â€œmesitas de nocheâ€, cogiÃ³ un paÃ±ito de â€œtoballaâ€, de aquellos que usaban las fÃ©minas cuando aun no habÃ­an llegado las compresas y los tampaxs, y me secÃ³ con el mismo esmero conque me habÃ­a lavado.

Una vez

vestido, se asomó a la puerta de la cueva, descalza, en una combinación y con una pañoleta por los hombros, para asegurarse de que no habrían moros en la costa, y, dándome una nalgadita, me dijo: "Vuelve cuando quieras, mi niño", mientras me franqueaba la salida a la fresca noche y al mundo de los pecadores.

Esa

primera visita a una casa de lenocinio y perdición: "como decían los predicadores que venían desde fuera a despertar las conciencias dormidas de los del pueblo- tuvo algunas consecuencias:

alguien le fue con el cuento a mi madre y esta le pidió a mi padre que me sentara y me hablara seriamente. Yo habíado

cuchichear en la habitación de al lado, así- que cuando mi padre se inclinó

sobre mi cama, ya sabía de que iba la cosa y, previendo lo peor, me hice el

dormido. El viejo me sacudió suavemente y cuando desperté, me preguntó mirándome inquisitivamente a los

ojos: "¿Dónde estuviste el domingo por la noche?" "Fui al cine Guayres a ver

una película de Cantinflas- le respondí- "¿Y como volviste de Gáldar a Guía, caminando?... Sí-,

caminando?" "Por la carretera o por el barranco?" "... Por el barranco- le

respondí- con un hilo de voz- (SILENCIO) "¿Y pasaste por el Barranquillo?" "No me atreví- a contestar a esa

pregunta, me limité a asentir levemente con la cabeza" (SILENCIO MÁS LARGO) "¿Y te

ocupaste?" "... -me preguntó Antoñito el del Molino, intensificando la

mirada escrutadora que tenía puesta sobre mis desorbitados ojos-. Yo, asustado,

me limité a repetir el mudo asentimiento" "¿Y con quién te ocupaste, si puede saberse?" "... Con una que se

llama Margarita- le dije esperando el

guantazo en cualquier momento- "¿Con la Yegua Blanca?"- indagó

incrédulo mi padre- y al yo asentir otra vez con la cabeza, exclamó: "Pero

¿o, si esa tiene más años que Matusalén si puede ser tu abuela, carajo?"

Bueno mira: tu madre está muy preocupada, porque no sé si sabes que puedes trancar un montón de

enfermedades en esos sitios, así- que la próxima vez, si me entero que has

estado putiando, vamos a tener un problema" estáis muy joven tío como para que

te me conviertas en un putaero"

"¿estamos?" "... (SILENCIO) "Ah, - me dijo mientras abrió la

puerta del cuarto, sin volverse- si te sientes picores o cualquier cosa "por ahí- debajo" me lo dices,

"¿eh?... para llevarte corriendo a

casa de Don Ramón el médico y a casa Chanito pa que te inyecte

unos cuantos millones de unidades de peninsilina" y eso fue TODO.

Tengo la

impresión de que mi padre me lanzó esta suave amenaza porque mi vieja lo estaba

oyendo todo desde la otra habitación, porque ni su semblante ni su voz

mostraban celeridad. Creo que hasta, en el fondo, se alegró de mi iniciación, de mi desembarco en el mundo de los

machitos- o en la jarca de los pequeños crípulas, como diría cualquiera de aquellos

santos varones de la Adoración Nocturna-.

Ha dicho